

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

EL PENSIAMENTO DE DOS POETAS PUGLIESES
DEL SIGLO XVII:
GIANFRANCESCO MAIA MATERDONA - ANTONIO BRUNI

ESTRATTO DA: « STUDI DI STORIA PUGLIESE
IN ONORE DI GIUSEPPE CHIARELLI » - VOL. III

CONGEDO EDITORE
Galatina 1974

EL PENSIAMIENTO DE DOS POETAS PUGLIESES
DEL SIGLO XVII :
GIANFRANCESCO MAIA MATERDONA - ANTONIO BRUNI

SUMARIO: 1. - El siglo XVII y nosotros; 2. - Dos poetas marinistas; 3. - Los residuos fenecidos; 3. - Gianfrancesco Maia Materdona de Mesagne; 4. - Antonio Bruni de Manduria.

1. - La historia de las ideas es muchas veces, cual en la ocasión presente, coyuntura de arqueología; porque las ideas o las opiniones de los autores que tratamos pertenecen a una civilización de la que ya no somos ni siquiera epígonos. Las mudanzas de los dos últimos siglos en el que fue Reino de Nápoles no dejan columbrar apenas nada de la mentalidad de las gentes de los siglos XVI y XVII. Las características del que fue Regno hispánico de Nápoles poseen ahora valor de notas trasnochadas, si es que no ridículas. Tras cambios sucesivos han destruído aquella sólida unidad de pensamiento, aguerrida en las ideas, polémica en la actitud, católica tridentina en la sustancia, que fuera meollo de los días mayores de la monarquía napolitana. Porque en aquellos tiempos del Barroco Nápoles fue tres cosas: un sistema de independientes instituciones, un trozo de la inmensa Monarquía Católica y un espíritu de polémica bajo las enseñas de la Contrarreforma.

De todo ello nada queda hoy. La independencia externa o, para ser más exactos, la venida de un Rey propio al palacio real partenopeo coincidió con la pérdida de la independencia cultural. Toscanismo en el lenguaje supuso bajo Carlos III toscanismo en los ministros y general afrancesamiento en las ideas. Después de Giambattista Vico el Reino no engendrará otro genio universal, porque Vico supuso, cara a las nuevas ideologías predominantes en Europa, el último rescoldo del Nápoles hispánico, el que sobre pasos de Francisco Suárez postuló la estima de lo histórico contra el sentir abstraccionis-

ta del jusnaturalismo protestante. Más tarde el Risorgimento, con su secuela de la unidad italiana realizada no alrededor del trono napolitano, sí en los príncipes saboyanos de Turín, generó el desplazamiento hacia el Norte del centro de la vida económica y política de Italia, con tanto desdoro del Reino napolitano que su cola se llama desde hace decenios la famosa cuestión meridional. Finalmente, el Concilio Vaticano Segundo, al abolir los postreros, y por lo demás ya hartos menguados, residuos de la visión universalista del Catolicismo tridentino.

Tales tres quiebras han destruído un sistema político, un sistema de ideas y una actitud polémica de catolicismo intransigente. No sé si para bien o para mal. Pero en todo caso la cuestión es anodina, casi inútil, puesto que la historia no vuelve sobre sus pasos, ni ninguna generación futura volverá a andar la andadura que anduvieron mis abuelos napolitanos. Lo que sí cabe hoy es historiar el hecho y, al historiarlo, comprenderlo.

Tanto más cuanto el deber de bien nacidos obliga a todo pecho hidalgo a no renegar de quienes antes nos precedieron en la casta y en la vida. Mi vieja sangre hidalga de Castilla está entroncada con otra sangre hidalga, anclada en la historia del Nápoles barroco. Por fidelidad a sus sombras, que es afán de entendimiento, quiero asociarme al homenaje a Giuseppe Chiarelli rememorando dos retazos de esta arqueología espiritual de la Puglia, por lo demás tan dispersa en los recuerdos como conmovedora en los detalles.

2. - Los autores considerados son dos marinistas, esto es dos poetas fieles a los nuevos gustos estéticos que puso de moda la genialidad lírica de Giambattista Marino. Gian Francesco Maia Materdona, nacido en Mesagne, y Antonio Bruno, de Manduria, son dos secuaces de la corriente literaria en boga en el Nápoles de la primera mitad del siglo XVII.

Ambos heredan de Giambattista Marino aquella sensualidad visual, auditiva, casi palpable, que es el empeño soterrado de gozar las cosas en su intimidad más honda, en el hondón más profundo de las entrañas; empeño soterrado que aspira a descubrir los secretos callados de las cosas en un decir que las desvela, casi las abre, entre armonías de voces nuevas y giros de rebuscado acontecer. Ambos comulgan en esta magia

deleitosa, preciosista, casi musical más que entendida, jamás razonada por supuesto, con que el marinismo convence líricamente por el camino de los apasionamientos. Las curvas de las columnas salomónicas del Barroco arquitectónico a lo Bernini, son en la lírica marinista retorcimiento de frases diestramente orquestadas. La cargada muchedumbre de los altares es en su conjunto pesadez de frases, volanderas sin embargo en cada palabra suelta, palabra atada al conjunto pero que parece estar siempre dispuesta a huir echando a volar en mariposeo apesadumbrado. Existe parangón poderoso entre la poesía marinista y la arquitectura del Barroco, paralelas en sus esplendores, en su solidez aparente, en la ebullición de las cosas tensas en una tensión al tiempo pesadamente apegada al suelo y aéreamente lanzada al infinito. Saben ser conmovedoras sin éxtasis, porque el suelo no se desprende jamás de las plantas del poeta ni de la pesadumbre del retablo. Pero, sin embargo, el verso que conmueve alza al espíritu más cerca de la belleza o de la religión, más cerca de los valores inmensos que sólo Dios puede por definición encarnar. En la herencia de Giambattista Marino, los dos poetas de la comarca leccese son iguales a él, seguidores en la forma de los versos cuanto en el contenido de las ideas.

La poderosa capacidad de describir con sonidos que más que entrar por el oído parecen despertar la capacidad táctil de las manos, típico ejemplo del marinismo poético, fue gracia reservada en sumo grado a Gianfrancesco Maia Materdona. Pocos modelos tan robustos en esta fuerte búsqueda de la realidad de las cosas, tocándolas a través de la magia de las palabras conmoventes que en la descripción del mosquito intitulada *A una zanzara* cuando la pinta más que la describe

« animato rumor, tromba vagante,
che solo per ferir talor si posi,
turbamento de l'ombre e de' riposi,
fremito alato e mormorio volante ».

Esta plástica de los vocablos va unida entre los marinistas al rebuscamiento de la frase, punto que les enlaza con los culteranos imitadores de don Luis de Góngora. Podría tomarse por modelo de juegos relumbrantes, ligados naturalmente al

tema amoroso, la pintura de la bella Elisa peinándose con un peine de marfil, la caída de uno de sus rubios cabellos y la omnipresencia del Amor requerida por la moda del tiempo. Para explicar estas tres cosas, dirá Gianfrancesco Maia Materdona :

« La bella Elisa arava
 con terso cburneo vomere dentato
 campi d'oro animato.
 L'era un garzone a canto,
 che i rotti stami ad uno ad uno coglicia
 e in sen gli nascondea.
 Risse ella e disse: Inutili capegli
 a che tu serbi? Ed egli:
 Quinci ordisco le corde a l'arco mio,
 quinci le reti ond'io
 impiago l'alme ed imprigiono il core.
 Sappi ch'io sono Amore ».

También fue propio del marinismo unir las palabras en sabias repeticiones, al intento de resaltar más y más el eje del tema, de suerte que la modulación reiterada del vocablo engendre aquella plasticidad incitante que es la gracia suprema del verso en el Barroco. Tal en el poemita del mismo Gianfrancesco Maia Materdona titulado *Non può avere dalla sua donna altro che baci* :

« Prodigia a me di baci
 è la mia donna, e del più dolce avara.
 Impara, inferno, impara,
 dal mio cor novi strazi e novi pene.
 Sí, sí, ch'or mi sovviene
 che Tantalò sfortunato,
 con frode eguale equal martir riceve :
 bacía l'onde co' labri e non le beve ».

Con Antonio Bruno las peculiaridades poéticas del marinismo perfilan con mayor rotundidad, aunque sin la originalidad patente de Gianfrancesco Maia Materdona. Sus versos pudieran catalogarse sin hacer mínimo menoscupio en la tipología de los lugares comunes de la literatura barroca. Aquella limpidez deleitosa de las rimas de Maia Materdona es la consabida reiteración de unos gustos encontrables en cual-

quier tomito de poesías de la época. Baste ver sus consideraciones de género común en el soneto titulado *Il neo sul labbro* :

« Giugne fregio a la bocca e fiamme ai cori
donna, il tuo vago neo, per cui pomposo
va 'l tuo molle rubin che i primi onori
toglie al rubin più ricco e prezioso.

Con sí bel neo, cred'io, voller gli Amori
come in Menfi solea fabro ingegnoso,
segnar nel tuo bel volto i propri ardori,
qual con strano carattere amoroso.

O, presa Amor la bella Psiche a sdegno,
te bacia e 'l bacio suo, ch'altrui si vieta,
lascia l'orma in quel neo, del core in pegno.

Quinci quest'alma andrà festante e lieta,
s'ci, qual nel labro tuo Amore è segno,
de' miei labri cosí sia segno e mèta ».

No pretendo con esta comparación colocar a Antonio Bruni por debajo de Maia Materdona, pues es harto sabido que en Roma, donde pasó la mayor parte de sus días, fue harto estimado y habido por grande poeta, por decirlo en el juicio de Antonio Belloni¹. Lo antes escrito sirve para mostrar el sentido y el gusto estrechamente marinista con que escribieron los dos poetas que ahora consideramos.

3. - Saltando del plano literario al ideológico no cambian mucho los criterios. Sabido es que la originalidad literaria del marinismo, cual rebuscado decir inherente a las gracias del Barroco, no es obstáculo al apasionamiento que asumen los hijos del Reino cuando se trata de los ideales que al Reino justificaban. La universalidad poética es patriotismo político, según lo que en el siglo XVII entendíase por patriotismo: amor a la tierra en que se nace y fidelidad al Rey de quien se depende por fueros de nacimiento, de naturaleza, lo

¹ A. BELLONI, *Il Seicento*, Milano s. a., p. 90.

que entonces decíase con notoria expresividad en cuanto « señor natural ».

Por eso el marinismo fue, literalmente, fenómeno universal que tiene parejas en todas las literaturas europeas, la primera de ellas la literatura castellana, en el conceptismo de las ideas a lo quevedesco, en lo rebuscado de las maneras a lo gongorista. En cambio, ideológicamente, el marinismo fue una de las cumbres del sentir de los hombres de su siglo, una entre las más altas cimas del Nápoles hispánico de mis abuelos. Fueron los marinistas portavoces mayores de un sentimiento que, cuanto más napolitano, era más universal; porque constituía un algo que los contemporáneos no entendemos: el afán de los infinitos religiosos trabado en lo concreto de la patria de nacimiento y en el servicio concreto de un monarca de quien también por nacimiento se depende.

Que no entendamos este sistema de conceptos no quiere decir sea lícito despreciarlo, desde que tantos grandes varones vivieron y murieron con él en la mente y en los brazos. Pues si no los entendemos hoy es porque han sido destruidas las columnas sobre las que se asentó el universo del Barroco. Nada queda ya de ninguna de ellas. Cuatro revoluciones sucesivas han aniquilado o van a terminar por aniquilar muy en breve, tal vez en la generación que nos suceda, los residuos de aquella mentalidad y de aquel orden social. El primer pilar, que era el principio de la unidad religiosa, murió en el siglo XIX y ha sido enterrado por el Concilio Vaticano Segundo. El segundo sostén, que era la cerrada férvida fe monárquica, el servicio al Rey de Nápoles, cayó deshecho entre los escombros del terremoto político del 1789. El tercer puntal, la institución familiar en su doble aspecto económico y afectivo, ha sido demolido al ser negada la propiedad privada en la revolución bolchevique de 1917 y al ser negada la unión familiar en la revolución sexual típica de la última postguerra, respectivamente. La postrera columna, la idea del honor, está agrietándose; porque muy pronto quedará vacía de contenido, ya que llegaremos a un instante en que no sabremos ni siquiera en qué el honor consiste.

Que aquellos dos poetas de la tierra pugliesa sintieran de otra suerte que nosotros sentimos; que sus ideales fuesen más arraigados y robustos; que no sufriesen las crisis en que noso-

tros nos debatimos hoy, no da ocasión para que se les menosprecie. Antes, al contrario, para que les miremos con respeto, porque llenaron sus vidas de unos contenidos apenas si inteligibles en esta edad sin contenidos. E incluso son sus puntas de envidia; porque gozaron de lo que a la humanidad suele faltarle hoy: de un noble, alto y enérgico ideal.

Los tres tomos de las *Rime* de Gianfrancesco Maia Materdona expresan sus sentires al servicio de su Dios, de su patria y de su Rey. Su canto a la fe íntegra, tridentina, no tolera desmayos ni segundas interpretaciones. Cree firmemente, tanto que en el soneto *Alla Fede* proclama ser la clave de la humana vida, el

«lume ond'íl Mondo al primo lume è scorto»².

Bellísimos sonetos a la Virgen³ o al Santo Rosario⁴ constan en el tercer volumen de ellas y hemos de memorarlo aunque el rosario no se rece ya en casi parte ninguna y aunque la Santísima Virgen sea devoción ahora en segundo plano. En ocasión de encontrarse enfermo escribe un soneto donde proclama como «si rassegna alla volontà divina»⁵, porque, en otro no menos hermoso, «mostra, che i castighi di Dio siano atti d'amore»⁶.

El amor a la patria no es menos profundo, aunque lo reparta entre las dos patrias que tuvo: la tierra donde nació y la capital del Reino que tanto le sedujo. La patria natal es el faro a donde tornar los ojos cuando los desengaños de la vida en la capital le abran los ojos del alma a la esperanza del sosiego. Es la confesión de su lamentosa *Alla patria*:

«Poca fede ho trovata, e molti inganni
dal dì, che 'l tuo terreno abandonai;
onde (e chi 'l crederia?) comincia homai
la chioma a incanutir ne' piú begli anni»⁷.

² G. MAIA MATERDONA, Napoli 1632, III, p. 4.

³ *Rime*, III, p. 13.

⁴ *Ibidem*.

⁵ *Rime*, III, p. 9.

⁶ *Rime*, III, p. 8.

⁷ *Rime*, II, p. 60.

Por eso aspira a morir en Mesagne, al amparo de las ogivas de la Iglesia del Carmen, para que sus paisanos comenten su óbito cuando pasen bajo las arcadas de la Puerta Grande⁸. Pero también disputa patria a Nápoles, signo del atractivo que la capital ejercía sobre las dispares gentes de los más remotos confines del Reino. Tras un viaje, en el *In ritornando a Napoli* exteriorizará su gozo

« pur al fin ti riveggio, Onde Tirrene,
su' in calma tranquilla ogn'hor si vive »⁹.

Ambas patrias unidas en la fidelidad al rey natural de Nápoles, que era el Rey de la confederación de las Españas. Gianfrancesco Maia Materdona loa a los virreyes: a don Pedro Girón, duque de Osuna¹⁰, a don Fernando de Rivera Enríquez, duque de Alcalá¹¹. Pero sobre todo participa en el eterno anhelo de las tierras puglieses: el verse libres del peligro turco, el que el poderío del Rey de Nápoles, poderosísimo señor de las Españas, aleje la amenaza islámica de unas costas en perpetua línea de combate. Cuando la destrucción de Manfredonia, un soneto suyo incita a combatir a los turcos *al Cattolico Filippo IV, Re delle Spagne*¹². Y *alla Maestá Medesima* exhortará a la guerra contra los turcos en otro soneto expresión suprema de sus ideales políticos:

« Guerra al fero Ottoman per te sia mossa
ne sia sol l'empio Cane in fuga messo,
ma provi ancor, miseramente oppresso
dal tuo Reale Augel l'ultima scossa.

Vattene a soggiogar gl'Imperi Eoi
con l'Elsa invitta, e l'altrui glorie spente
le provincie dilata e i Regni tuoi.

⁸ Ibidem.

⁹ *Rime*, II, p. 70.

¹⁰ *Rime*, II, p. 15.

¹¹ *Rime*, II, p. 16.

¹² *Rime*, II, p. 3.

Si l'Occidente suo nel'Oriente
vedrà la Luna, e in Oriente poi
sorger vedrassi il Sol de l'Occidente »¹³.

En su obsesión antiturca, clave de las ideas de sus paisanos, contempla en Felipe IV un renovado Codofredo de Bouillon, sin darse cuenta del trueque de las circunstancias. Pero vale la pena memorar su bélico soneto :

« Piú di fé, che di ferro, Hispan Goffrido,
lá ve 'l gran Tempio il saggio Duce eresse,
vattene armato, e al Palestino infido
ritogli homai le sante Mura oppresse.

Te, cui lo Ciel tanto valor concesse,
quel Ciel sospira: e del deserto lido,
potentissimo Ré, l'arene istesse
chiamano il tuo soccorso inuito, e fido.

Vanne, e piú non tardar; che se 'l Ponente
quasi tutto al tuo fren soggiacer suole,
imporre il freno anco a Dion conuiente.

Che ancor, se Tu nol sai, quell'ampia Mole,
quella sacra Cittade è un'Occidente,
dove morì de la Giustizia il Sole »¹⁴.

El recurso al Rey de las Españas básase en la suposición de que era el Señor del Occidente. Pero no era así ya. Las luchas contra las herejías germánicas, el desangre de la colonización americana, las guerras infinitas contra el Islam, habían gastado el Imperio poderoso. Las fuerzas flaqueaban para el empeño a que inducía este hijo de Mesagne, creyente tridentino en el Dios católico, amante de su tierra mesápica y de la partenopea, fiel a su Rey de Nápoles. Nada quedan de los ideales que cantara con tanta fuerza como brío, con tanta fe como lealtad, con tanto ensueño cuanto en defensa de las tierras natales. Las cenizas de sus reyes son ya polvo, el Reino de Nápoles ha mucho que no existe, el pluralismo ha sucedido a aquel su catolicismo intransigente. Pero todavía está ahí,

¹³ *Rime*, II, p. 4.

¹⁴ *Rime*, II, p. 2.

desde la altura de sus gustos barrocos diciéndonos en versos marinistas lo que sintió y lo que quiso. Busca la comprensión cuando nos habla, aunque sus voces resulten ahora tan remotas como si llegaran de un planeta perdido en la noche de las galaxias de los tiempos.

4. - También Antonio Bruni moró fuera de la tierra natal. En Nápoles fue académico de los Ociosos, cual Maia Materdona lo había sido de los Humoristas. En varias cartas Giambattista Marino le estima por encima de sus méritos¹⁵, porque en ver-



Antonio Bruni.

(dall'Arnò)

¹⁵ En carta de Giambattista MARINO fechada en Nápoles en el verano de 1624 e inserta en el tomo II, pp. 57-8 del *Epistolario*. Bari 1912.

dad no pasó de servil imitador dotado de escasas lumbres de originalidad.

Antonio Bruni siente los ideales del Nápoles de su siglo, incluso con la mezcla de religión y sensualidad, de sacrificio con miras a lo ultraterreno y de goce pagano de las delicias terrenales. En *Le tre gratie* coloca juntas canciones de tan subido color como los « Baci » y los « Baci e morsi »¹⁶, a la vera de oraciones cálidas ensalzando el sagrado misterio de la Eucaristía¹⁷. Fe misionera en el canto al « novo sole ibero » que fue San Francisco Javier, tres versos de factura de epopeya¹⁸.

Antonio Bruni era otro pullés enamorado de las claras linfas del Sebeto. Cansado de seguir las cortes de Roma y de Urbino, en el soneto de la llegada a Nápoles cuenta su suprema ilusión, la de

« viver, caro Sebeto, in te desio »¹⁹.

Por las colinas de Posílipo paseábase la mujer que amó, la B. D. a la que invita a Posílipo en dos sonetos²⁰, y que « si diportava per la riviera di Posilipo »²¹. Porque el clima, la gracia, el gusto de las costas partenopeas ibanle a su genio agudo y voluptuoso, de hombre craso amador de la buena comida, del buen vino y de la buena compañía, alegre, dicharachero, embriagado de los placeres que Nápoles como ninguna otra ciudad ofrecía por aquellos tiempos; tal lo diseña Giovanni Vittorio Rossi en la conocida *Pinacotheca imaginum, illustrium doctrinae vel ingenii laude, virorum qui, auctore superstite, diem suum obierunt*²².

Mas el obeso, alegre y plancentero Antonio Bruni exaltábase también con las empresas de su rey de Nápoles. Igual

¹⁶ A. BRUNI, *Le tre Gratie*. Roma, ad istanza di Ottavio Ingrassiani, libraio alla luna, s. a. pp. 73-4.

¹⁷ *Tre Gratie*, pp. 471-9.

¹⁸ *Tre Gratie*, p. 455.

¹⁹ *Tre Gratie*, p. 120.

²⁰ *Tre Gratie*, p. 69.

²¹ *Tre Gratie*, p. 70.

²² Colonia Ub., Jod. Kalkovius, 1645. Dos tomos, I, p. 251.

que sus paisanos coetáneos no mide la realidad con la esperanza. En el soneto *A Filippo IV, Re delle Spagne* dispútale mayor que el mismo Alejandro Magno, puesto que

« ei pugno per se stesso, e tũ per Christo;
ei chiaro in terra, e tũ piũ chiaro in Cielo »²³.

Fusión del sentimiento religioso de cruzada con el de la creencia en los poderíos de la monarquía católica, misionera con Javier, deladora diaria de herejes y de turcos, en una efectividad que ya no estaba en la realidad de los hechos.

Al nacer el príncipe Baltasar dice Bruni merecerá

« di esser Giasone in Mare, Ercole in Terra »²⁴.

Excesos de fantasía que en la generación siguiente darán en nostalgias de un otoño triste y decadente. Pero que todavía se alumbran con las antorchas victoriosas de Breda y de Fuenterrabía. Antonio Bruni cantará estas gestas, por lo que tienen de grandeza de su Rey y por lo que tienen de derrota del enemigo hereje. En el soneto al Marqués de Spínola le loará por ambas causas; por ser

« campion del Regnatore Ibero »,

y por vencedor del luteranismo, porque

« de l'Heresie tu vinci l'Idra in guerra »²⁵.

Amor de conocimiento al resto de los pueblos de la Monarquía Católica. Sus poemas señalan saberes sobre las leyendas ibéricas. En magníficas octavas reales canta las hazañas de Guzmán el Bueno delante de los muros de Tarifa²⁶ o los milagros de San Isidro, patrón de la corte madrileña²⁷. En el poema *Armesinda*, también redactado en octavas reales

²³ *Tre Gratie*, p. 299.

²⁴ *Tre Gratie*, p. 307.

²⁵ *Tre Gratie*, p. 347.

²⁶ *Tre Gratie*, pp. 367-79.

²⁷ *Tre Gratie*, pp. 413-7.

en cuya composición fuera Antonio Bruni excelente maestro, narra la historia de esta dama, que se quemó el pecho con carbones encendidos para salvar el honor de su esposo ante la pasión que sobre ella concibiera el rey Ramiro de León. Dama de Toro, lo que permite al poeta definir a la ciudad castellana por

« città di cui corona il Ciel la fronte
la piú nobile, che sia da l'Indo al Moro »²⁸.

El resumen de sus aspiraciones, de su identificación con el Rey de Nápoles Felipe IV, de sus sueños de victoria contra agarenos y luteranos, de la fantástica cabalgada ideal de los paisanos de su siglo consta en el soneto a Felipe IV :

« Colà di Carlo il discendente invito,
Filippo il Grande, aspira
di novi mondi al glorioso acquisto;
apena acceso al trono Europa il mira
che fa tremar l'Egitto.
.....
Questi di sangue, e piú di volto augusto,
giovinetto monarca, il Mondo regge,
rapido, ma con legge,
non sò, se più magnanimo o più giusto »²⁹.

Igual que Maia Materdona, Bruni palpité con su gente en los temores y en las esperanzas, fundiéndose con el común del pueblo del Reino en las tristezas cuanto en las alegrías. Al rehacer, si algún día se rehace, la historia espiritual e ideológica del Reino de Nápoles, ambos hijos de la tierra leccese pasarán por modelos de intérpretes del pensamiento y del sentir de los hombres de la Puglia de la primera mitad del siglo XVII.

²⁸ *Tre Gratie*, p. 179.

²⁹ *Tre Gratie*, p. 332.